

## **CHALÉ MARÍA LUISA. UNA VIVIENDA CON HISTORIA**

**José Antonio Caride de Liñán**

**P**ues sí. También a las cosas se las puede amar. No solo a las personas y a las mascotas. ¿No tenemos cariño a una pluma, un sombrero, una corbata, este sillón en el que tan cómodamente dormitamos durante la siesta...? Quizá no sea por el objeto en sí, sino por su significado en nuestra vida, como las circunstancias que, según Ortega y Gasset, completan mi yo. El caso es que yo amo a las casas de mi juventud, en las que conviví con mi familia y que, por el trabajo de mi padre, fueron varias. Posiblemente porque en esas casas se produjeron acontecimientos familiares importantes o, quizá y sobre todo, porque añoramos que éramos niños o jóvenes y con toda una vida por delante.

Nací en una preciosa casa en Portmán en los felices años veinte del siglo pasado, una casa que aún está en pie con muy pocas modificaciones. No como yo que, aunque también sigo en pie, he sido profundamente modificado. Allí nacimos Lola, yo, Fernandito, Pilarcita, y María Luisa, los cinco primeros hijos de mis padres. Yo la amo, aunque allí muriera Fernando, el hermano que me seguía.

Vivimos después en un lindo pueblo minero de la provincia de Jaén: El Centenillo. Hace muy poco tuve la suerte de pasar unos días en parte de la que fue mi casa, convertida ahora, en casa rural. Allí nacieron la segunda Pili, Pacita y Camilo. Yo la amo.

Después Villanueva de la Serena, pero la casa en que vivimos ha sido derribada e, incluso, al ensanchar la calle en la que estaba, totalmente perdida. A pesar de ello, la amo. Allí nació Angelita.

Cuando mi padre decidió abandonar su vida nómada y asentarse en su pueblo, Alcantarilla, porque desde aquí podía atender la Escuela de Minas de Cartagena de la que era profesor de aritmética y topografía, además de director, compró el hotel que se llamaba Villa Felicidad. Era el 20 de enero de 1945.

El solar en el que estaba contaba con tres tahúllas y dos brazas (3.363,44 m cuadrados) y se ubicaba en la carretera de Murcia, número 19, frente a la fábrica de jabones de Pagán y al lado de la gasolinera que acababan de poner el Sr. Ballester y su socio el Sr. Fernández.

El estilo arquitectónico, la armonía de su estructura y los detalles concretos de la puerta principal, las bellas rejas y los adornos de las ventanas, denotan la

mano de un arquitecto de buen gusto. En los años que se supone fue construida la torre, dirigía en Alcantarilla la obra del Mercado de Abastos y la casa Vicent López el famoso arquitecto D. José Antonio Rodríguez Martínez, autor también de los proyectos en Murcia de la casa de Díaz Cassou, la de la ferretería Guillamón, la de Cerdá y el Mercado de Verónicas, por citar algunas; bien podía haber sido suyo el proyecto de la Torre Narbona, llamada así por ser el apellido de su primer propietario (Figura 1).



Figura 1. Fachada principal.

Pocas viviendas pueden tener una existencia tan rica como la que fue mi casa de Alcantarilla. No ha tenido una larga existencia, comparada con otras que duran siglos, pero los años que ha permanecido en pie están repletos de vida, de historias y de historia.

El día 10 de julio de 1915, ha hecho ahora noventa y seis años, en las actas municipales del Ayuntamiento de Alcantarilla aparece la siguiente inscripción según me advierte mi amigo Pedro Cascales y me aporta M<sup>a</sup> Rosa Gil Almela, nuestra eficiente archivera municipal:

Diose cuenta de un oficio de cinco del corriente del Señor Ingeniero Jefe de Obras Públicas de la Provincia, a la que se acompaña el informe que se le tenía pedido en la Instancia que con fecha 22 de junio anterior tenía presentada ante este Ayuntamiento el vecino de Murcia Don Francisco Narbona Moscoso, solicitando permiso para cercar con una valla de junco artificial, una finca de su propiedad titulada Torre Narbona y que afronta por mediodía con la carretera de segundo orden de Murcia a Granada. Visto el citado informe, el Ayuntamiento acuerda conceder al citado Señor Narbona el permiso solicitado bajo las condiciones que constan en el expediente de referencia, que originales le serán entregadas para que dé el más exacto cumplimiento.

Varias conclusiones pueden sacarse del acta. La primera un categórico desmentido del «vuelva usted mañana» de Larra, por la eficiencia de la Administración, bueno, de nuestro Ayuntamiento, que resuelve la solicitud en 18 días, incluida la intervención de Obras Públicas. Fue un ejemplo de eficacia del que podemos estar orgullosos. ¡Loado sea Dios!

La segunda que el señor Narbona no vivía en Alcantarilla, por entonces.

Según María Victoria Botí Espinosa y María Jesús Cachorro Sánchez en su trabajo *Estudio sobre la vivienda popular murciana: las torres de la huerta*:

Constituyen estas, junto a la barraca, el estilo de construcción típico de la región murciana. Son las torres edificaciones aisladas, herederas de las villas romanas, con mezcla de alquería, casona genovesa o masía catalana. En contraste con la barraca, tienen una zona central elevada y están construidas con materiales nobles y duraderos, con distribución para una vida cómoda y burguesa, zócalos pintados o de cerámica, lujosa rejería, iluminación cenital y con la fachada principal a mediodía. Están cubiertas de teja de cañón.

Todas estas características, tenía Torre Narbona, a las que habría de añadir una espectacular escalera de acceso y unas elegantes terrazas que rodeaban las tres fachadas principales de la primera planta y las cuatro que circunvalaban la torre central (Figura 2).

El vendedor de la finca a mi padre fue D. Francisco Iniesta Aroca, que la había comprado a D. Francisco López Ruiz apenas tres años antes, el 6 de febrero de 1942. Con anterioridad a la venta, el Sr. Iniesta la tenía concertada a D. Francisco Ortiz Castillejo que renunció a ella.

El documento de compraventa es algo enrevesado ya que, además de deshacer la opción de compra del Sr. Ortiz, se reconoce un embargo sobre la finca hecho por D. Mariano Cerdá Albaladejo, una hipoteca a favor del Banco Hipotecario por valor de 40.000 ptas. Y, por si faltara algo, una pía memoria de 33 escudos y 333 milésimas en favor de la colecturía de la Iglesia Parroquial de Alcantarilla (cuando Alcantarilla solo tenía la parroquia de San Pedro). Teniendo en cuenta que la peseta empezó a circular en España el 18 de octubre de 1869 está claro que este último gravamen, en escudos, debía ser anterior, y por tanto, sobre la tierra y no sobre la vivienda que no podía estar construida aún. Posiblemente una pía memoria de cien escudos sobre una finca que se dividió en tres partes. Dos escudos equivalían a un duro, esto es, cinco pesetas. En el documento se consideró extinguida.

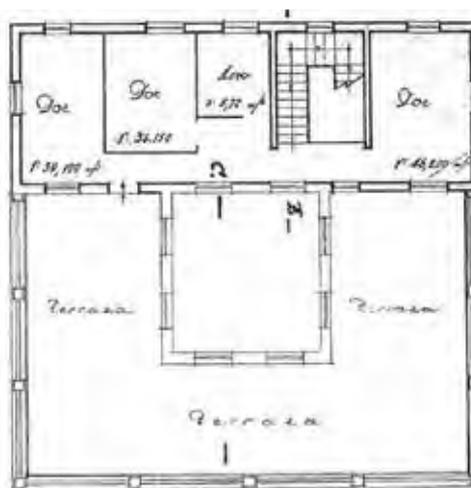


Figura 2. Plano.

Todo el galimatías quedó resuelto por el interés de todas las partes en llegar a un acuerdo. Según consta en la cantidad de 90.000 pesetas, pagadas al contado,

se efectuó la venta de la que fueron testigos Asensio Aroca y otro señor de firma ilegible.

Cuando mi padre lo compró, el chalet tenía dos plantas, la principal, elevada, y otra inferior, a la altura del terreno. En ésta se encontraban los almacenes y despensa, que en nuestros tiempos tenían los melones colgados del techo, como también chorizos, algún morcón y los jamones cuando volvían de la fábrica de hielo. Allí estaba, cuando allí vivíamos, el bidón del aceite que se llenaba del que nos traían de Jaén cada tiempo, con la lata colgada de la espita para evitar que gotease hasta el suelo.

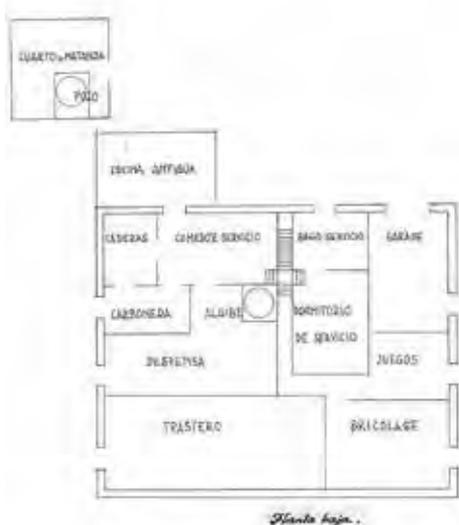


Figura 3. Plano.

Debajo del comedor estaba la cocina y en ella el aljibe. Recibía el agua de lluvia de las terrazas que había de tener muy limpias cuando el cielo amenazaba. Ese agua era la que se bebía. Los dormitorios del servicio, al otro extremo. Había un cuarto de herramientas y aperos (incluido un pequeño taller que utilizaba mi abuelo para «sus inventos» y Juan Pepe Díaz, el tantos años chofer de mi padre, para sus arreglos y sus trabajos de hierro). También el cuarto donde mi padre tenía el semillero en el extremo noreste, el garaje. En la zona opuesta se adivinaba que hubo caballerizas que hacía tiempo no se usaban, pero permanecían los comederos a los que se daban otros usos (Figura 3).

A la planta principal se accedía desde el jardín mediante una amplia escalera con una barandilla de panzudas columnas de remate dórico, igual que las que protegían las terrazas.

Al interior se entraba a través de una preciosa puerta, que ahora está colocada en el panteón de la familia Caride en el cementerio de Alcantarilla. El patio interior, que llamábamos patio de luces, se iluminaba por los ventanales de la torre, y tenía sus paredes cubiertas de hermosa cerámica, posiblemente valenciana, que las cubría hasta metro y pico de altura (Figura 4).

La entrada era un pequeño vestíbulo de 3 x 3 metros que daba a otro de igual tamaño separados por la puerta que he citado, y que tenía a su izquierda la puerta que daba al despacho y, al frente, la entrada abierta al patio central, que en realidad era la torre: un cuadrado de 13 metros de lado. Desde él se entraba a la sala y a la zona de dormitorios con el inmenso cuarto de baño (24 metros



Figura 4. Puerta panteón.

cuadrados). Las puertas eran dobles, de buena madera oscura y de una altura, posiblemente, de dos metros y medio, que precisaban del perigallo para poderlas limpiar.

Por el pasillo que seguía al fondo se llegaba a la puerta de acceso al patio posterior, dejando a ambos lados la puerta del comedor a la izquierda y a la

derecha una habitación que inicialmente usamos de dormitorio. Precisamente el de mi abuelo Fernando, que por la noche se ponía su camisón y su gorro de dormir, tal como vemos a Don Alonso Quijada de Salazar en los dibujos que de El Quijote hizo Gustavo Doré. Yo le admiraba profundamente.

Cuando mi padre se decidió a habilitar parte de la terraza para hacer tres nuevos dormitorios y un cuarto de baño, ese dormitorio, ya muerto mi abuelo, se usó para instalar, desde él, la escalera de acceso (Figura 5).

Al año siguiente a la adquisición del chalé, mi padre compró a la familia Mercader un trozo de huerta de 431 metros cuadrados que lindaba con la que teníamos detrás, construyó un muro de separación con la gasolinera y cercó el total de la finca, con muro y verja. Así quedó marcada la linde con la senda del Pino y el resto de la finca de Mercader. Por la parte delantera, la que daba a la Avenida de Murcia, se retranqueó siete metros (más de lo que se le exigía) pues estaba convencido que la carretera de Murcia tendría que ensancharse, tarde o temprano, como así sucedió.



Figura 5. Plano.

Aunque la casa tenía 227 m<sup>2</sup> de planta baja, 388 de sótano y en una construcción aparte lavadero y cuarto de matanza junto al pozo, precisaba acomodarse a una familia que entonces estaba formada por el matrimonio,



Figura 6. Foto hermanos Caride.

el abuelo que convivía con ellos, siete hijos y otro que venía de camino. Además, dos o tres mujeres de servicio que dormían en la casa. Y menos mal que algunos estábamos fuera todo el curso, internos, estudiando el bachillerato. A los jóvenes que lean esto les puede parecer una familia desproporcionada, pero era lo que se estilaba. Mi madre tuvo, sí, diez hijos, pero mi abuela doce y mi bisabuela, que sepamos, catorce, sin contar los que murieran recién nacidos o pequeños. La raza va flaqueando porque mi mujer solo ha tenido seis embarazos (Figura 6).

Así que mi padre encargó al arquitecto Guillermo Martínez Albaladejo un proyecto para ampliar la vivienda con tres dormitorios y un cuarto de baño más.

Poco tiempo después amplió la planta segunda, en la parte trasera, para colocar la cocina a la altura de la planta principal. Y además, instaló calefacción central con una caldera de carbón que situó en el sótano, como la carbonera, donde habían estado situadas las cuadras (Figura 7).

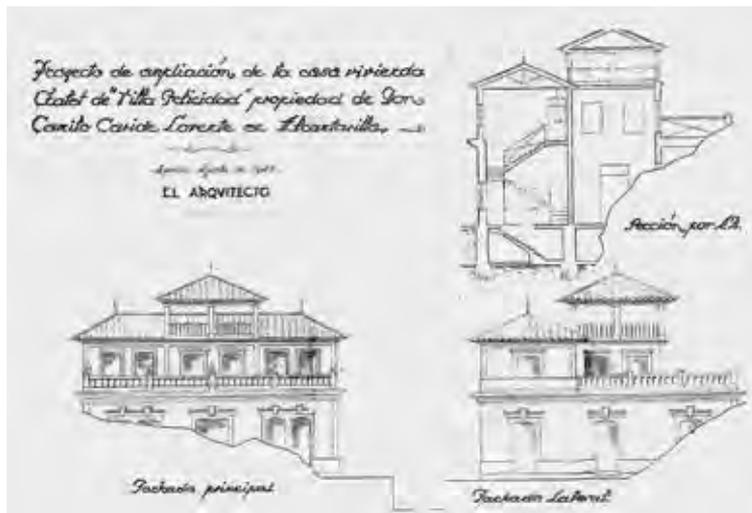


Figura 7. Proyecto del arquitecto ampliación.

La casa quedó de dulce.

Pero lo que tiene más interés es cuanto ocurría en su interior, la vida que había bullido desde 1915 hasta los ochenta.

El año 1915, en el que el Sr. Narbona cercó con junco artificial su finca, había sido muy fructífero para Murcia. Fue el año en que se creó el Ejército del Aire, inaugurándose el aeródromo de Los Alcázares como escuela de pilotos de combate y bombardeo, además de escuela de hidroaviones. Además, ese año, empezó a impartir enseñanza la Universidad de Murcia, bajo el rectorado de D. Andrés Baquero Almansa, cuyo retrato podemos ver en el salón de actos de la Real Sociedad Económica de Murcia, que tanto hizo para lograrla.

Einstein publicó su famosa ecuación que relaciona la energía con la masa y la velocidad de la luz y, mientras, Europa estaba sumida en la cruel (como todas) guerra llamada europea, aunque al final intervinieran no pocas potencias de fuera de nuestro continente.

Tenía Alcantarilla poco más de 5.000 habitantes, y contaba ya con cinco buenas fábricas de conservas (Juan Esteva, Nicolás Gómez Tornero, Florentino Gómez Tornero, Chmpagnes y Frères -futuro HERO- y Pedro Cascales), estando en la rampa del desarrollo industrial que la haría crecer en número de habitantes en progresión geométrica, hasta casi multiplicarlos por diez en un siglo. De los núcleos satélites de Murcia, Espinardo, Molina, El Palmar y Alcantarilla, ser un nudo importante de comunicaciones nos hacía acreedores de un futuro más risueño aunque, pasado el tiempo, Molina se aprovechase de la mayor extensión de su término municipal para convertirse en la cuarta urbe de la provincia, adelantando a Alcantarilla, que era, por lo demás, un sitio apetecible para vivir, aunque no tengo constancia de si Narbona fijó aquí su domicilio o utilizaba la torre como segunda residencia.

Lo que sí conozco por tradición oral es un hecho luctuoso. Estando ya en ella el matrimonio Narbona, la señora tuvo un ataque de celos de tal envergadura que le arrojó una plancha a una de sus sirvientas (de la que sospechaba) con tan mala fortuna y acertada puntería, que dejó a la chica muerta en el acto. No tengo certeza sobre si la plancha estaba caliente o fría. He buscado en periódicos de la época noticia del crimen y no he encontrado nada. Les invito a seguir la búsqueda, aunque sospecho que, con un poco de influencia, pudo encubrirse como un simple accidente doméstico, como realmente fue.

Puedo asegurar categóricamente que nunca, ni en las noches más oscuras de tormenta, se oyeron en la casa quejidos de espectros; las puertas jamás se cerraban solas, ni se apareció, viviendo nosotros, fantasma o espíritu alguno. Yo, que cuando visito el supermercado que Mercadona tiene en el solar, me distraigo imaginando si donde venden los chorizos estaba mi cuarto o donde veo los congelados era en mis tiempos la sala, cuando vivía en chalet María Luisa, jamás me preocupó dónde sucedería el crimen, y si la plancha salió despedida

de la mano de la señora como el peso de un lanzador o hizo impacto con el instrumento sujeto, como el martillo de un clavador de púas de alguna de las fábricas de madera que proliferaban en Alcantarilla. En el chalé María Luisa se dormía profundamente, al menos hasta que se puso la lonja de frutas y verduras al otro lado de la senda del Pino.

La Torre Narbona pasó a llamarse Villa Felicidad en fecha indefinida, quizá en la época en la que se filmaron en ella algunas escenas de la película *María del Carmen* y los jardines de Murcia, de la que ya se había hecho en Francia una versión previa.

Esta película se rodó entre 1935 y 1936 según el guión de Marcel Gras, sobre la obra de José Feliu y Codina, *María del Carmen* o *En los jardines de Murcia* y fue dirigida por el propio Marcel Gras y Max Joly. Sus actores principales



Figura 8. Folleto de la película.

fueron Juanita Montenegro, Geymond Vital, Annet Doria y Hubert Prelier entre otros. Un ramillete de actores franceses, algunos muy importantes, con una española de protagonista. Fue una ambiciosa película que tuvo la desgracia de terminar de montarse en vísperas de la guerra civil, impidiendo su normal distribución y haciendo que la única copia que se conservó se deteriorase profundamente (Figura 8).

Es curioso que en el cartel que conocemos del anuncio de la película, los nombres de los actores sean españoles, Vital sea Antonio en vez de Gaymond, Doria, sea Anita, cuando siempre apareció como Annet y a Marcel le añadiesen una «o». Es algo que me parece extraño, a no ser que el cartel fuera posterior al 18 de julio de 1936; es sabido que en la zona «nacional» no eran bien vistos los nombres extranjeros. De todos los actores, el que más fama llegó a alcanzar fue Vital, que murió en 1987 a los noventa años, habiendo intervenido en más de cuarenta películas, trabajado en la televisión y triunfado en infinidad de obras teatrales (Figura 9).

Juanita Montenegro era, según se sabía, hija bastarda del general Martínez Anido. No se le reconoce otra película o actuación teatral y desapareció, sin dejar rastro durante la guerra. En la revista *Mundo Gráfico* del 24 de septiembre de 1936 se le hace un reportaje en el que se afirma que se ha convertido en chofer de Izquierda Republicana. Aparece con su mono de miliciana y un buen pistolón al cinto. Pero no creo que hubiese tenido problemas tras la guerra, siendo hija

de quien era y hermana de Conchita, actriz mimada por el Movimiento Nacional y que hizo una gran carrera artística; en Hollywood compartió plató con Ramón Novarro, Leslie Howard, Clark Gable (al que se negó a besar), Charles Boyer o Rober Taylor, habiendo rodado en París y en España, y trabajado con lo más florido del panorama cinematográfico.

El plantel de actores y técnicos de la película María del Carmen pisó durante meses Villa Felicidad, dándole un buqué a la vez cosmopolita y localista que quedó plasmado en la fotografía de los extras locales sentados en la escalera de acceso a la casa. Era gente de la zona, casi todos de Alcantarilla. Habían participado en diversas escenas, y de una manera especial en la de la boda de los protagonistas, que se filmó allí. Muchas caras me son familiares, pero solo soy capaz de poner nombre a pocas (Amelia y Lola Mengual, la Castilla...), por lo que invito a los lectores a buscar entre ellos a algún antepasado suyo (Figura 10).

No quiero terminar esta fase del artículo sin expresar mi esperanza de que se pueda reestrenar la ópera María del Carmen en Alcantarilla, quizá en el auditorio que está en construcción junto al hermoso viaducto en vías de restauración.



Figura 9. Actores en la escalera.



Figura 10. Foto escaleras con huertanas.

Porque la obra de Feliú y Codina dio origen a una ópera. De toda la obra operística de Enrique Granados, ésta era su preferida y la retocó cuidadosamente, incluso después de su estreno. Precisamente, la partitura retocada se creyó perdida entre las pertenencias del autor, cuando el vapor Sussex, en el que regresaba a España tras su triunfo en Nueva York, fue torpedeado y hundido por un submarino alemán. Pero, por suerte, apareció tiempo después. Como se sabe, Granados murió ahogado intentando salvar heroicamente a su mujer.

Cuando la ópera María del Carmen se estrenó en Madrid el 12 de noviembre de 1898, tal fue el éxito que la reina regente, Doña María Cristina de Habsburgo, concedió al músico, por este acontecimiento, la cruz de Carlos III. No tuvo el mismo éxito en Barcelona, donde los catalanes no perdonaron a los dos autores catalanes (Feliu y Codina y Granados) no haber escrito la ópera en su idioma o que, al menos, se hubiera hecho en ella alguna referencia a Cataluña. No lo digo yo, lo publicó algún medio barcelonés. La ópera se ha representado muy poco, y en el extranjero solo en 2003 en el teatro Royal de Wexford, la ciudad de los festivales de la ópera. Lo cantó Diana Veronese con gran éxito. ¿La veremos representada en Alcantarilla?

Pero volvamos a Villa Felicidad. El chalé fue durante la guerra civil, según decían, almacén, depósito de material e incluso taller de reparaciones. Tras terminar la contienda, la villa tuvo el devenir que ya he comentado.

Después de la ampliación vivimos en allí toda la familia hasta que los hermanos nos fuimos casando y dejando a nuestros padres, solos, en una casa estructurada para estar rebosante de gente. También ellos terminaron por abandonarla cuando los achaques de la vejez les hicieron incómoda la estancia.

En aquellos treinta y tantos años, entre aquellos muros murieron mi abuelo Fernando con 74 años y mi hermana María Luisa con 15. Su muerte fue un duro golpe, por su edad y por la serenidad ejemplar con que lo hizo. Ella fue la causa del cambio de nombre. Su firma quedó en la fachada, dando un nuevo y último nombre al chalé.

El olor del azahar y el jazmín me retrotraen a aquellos tiempos. Como el sabor a las fresas (no al fresón que ahora prolifera). En mi casa, las fresas las cogíamos los hermanos, pero teníamos que estar cantando mientras lo hacíamos, para evitar que a la mesa llegasen pocas. A ese trabajo no nos gustaba faltar, porque siempre caía alguna. Era una fiesta que se hacía a diario, al anochecer, durante varias semanas.

El jardín tuvo varios formatos, pero siempre con paseos delimitados con arriates cuajados de plantas, siempre con flores. Mi padre prefería el jardín tipo francés, buscando la simetría y la variedad de los colores. Tenía las semillas de las diversas plantas (que él mismo cogía de ellas) en cajas que le hacía mi abuelo Fernando. Claramente rotuladas y todo muy bien clasificado con el nombre y, en

su caso, con el color. Las sembraba en unas bateas de madera, como bandejas, de unos ochenta o noventa centímetros de lado, llenos de tierra, que colocaba en el sótano de casa en unas lejas construidas para ello. Cosmos, dientes de león, petunias, dalias, margaritas, zísneas, calas, rosales de varios colores, tan variados como los gladiolos o los geranios. Y violetas. Las violetas eran la debilidad de mi padre, quien presumía de que a mediados de enero ya llenaban de perfume nuestro jardín cuando a la mañana se aminoraba el penetrante de los jazmineros que habían de aromatizar la noche. Con aquellas plantas reponía las faltas o creaba nuevos parterres (Figura 11).



Figura 11. Parterres con chalé al fondo.

Siempre tuvimos un jardinero/hortelano, y quiero rendir homenaje a Paco, que lo fue durante muchos años. Servicial y prudente, enterraba a los perros que se nos morían con un emotivo ceremonial, gorra en mano y elevando al cielo una frase a modo de oración: «¡Dios le haya perdonado!». De él podría contar muchas anécdotas, pero contaré solo una. Un día escuché mi madre por la radio que iban a conectar con el Vaticano porque el Papa iba a dar la bendición *urbi et orbi*. Llamó a todos, incluidas las muchachas, para recibirla. De repente se acordó de Paco y mandó a una a llamarle. Corrió ésta y le encontró en el huerto, legón en mano, cogiendo patatas. Cuando la chica le dijo que se apresurara para ir a recibir la bendición papal, el pobre se miró las manos y los pantalones y le dijo: «¡Pues voy yo bueno para ponerme delante del Papa!».

El huerto ocupaba aproximadamente la mitad del solar. Contaba con un camino central y otro paralelo y aledaño a la senda del Pino. Aunque tenía terreno dedicado a plantaciones de verduras y hortalizas, y también a arbolado, lo que más me gustaba eran las hileras de árboles que bordeaban todos los caminos. Allí estaban los manzanos enanos y los ciruelos (blancos y rojos). Había frutales en abundancia y variedad: naranjos, pomelos, manzanos, nísperos, jinjoleros,

palmeras, limoneros, perales de varias clases (incluidos peros de Cehegín), un par de higueras... Quizá un centenar de árboles... Y una parra. El nogal daba nueces enanas, pero sabrosas. En casa nunca se compró fruta a excepción de plátanos, lo que se hacía de uvas a peras.

En la época en la que el servicio dormía en casa, coincidió un tiempo en el que tres muchachas se llamaban María. Una jovencita la llamábamos Marica, otra era la tía María que fue durante muchos años cocinera de casa, y buena, aunque no tanto como Rosario. No era tía nuestra, pero la llamábamos tía. La tercera era Maruja Izquierdo de una saga de hermanas que estuvieron en casa desde la época de El Centenillo y que nos siguieron, quedándose una casada en Extremadura y otra en Portmán. Aún tenemos relación, ya de amistad, con sus familias. La última, inolvidable y extraordinaria cocinera, fue Rosario. ¿Quién puede olvidar sus fantásticos huevos en besamel o sus deliciosas tortitas? La compra la hacía la cocinera que la noche anterior había acordado con mi madre lo que se necesitaba. El pan se traía de nuestra parienta Eloísa (bueno, de su marido, José Mengual) o de la panadería de Manuel Martínez, el Pon, casado con Elisa Arnaldos. Las otras cosas, de la tienda de Martínez Guillamón o del almacén de coloniales de nuestro también pariente Jesús Gómez. De todas formas, nosotros éramos bastante autosuficientes.

Había algunos acontecimientos que se convertían en verdaderas fiestas. Uno era cuando venía el confitero Ayala a hacer a hacer dulces, sus inolvidables brazos de gitano o sus fantásticas tartas murcianas. Alguna vez vino a ayudarle alguno de sus hijos, que eran niños; uno llegó ser un destacado pintor. Había que tenerle preparados los ingredientes: azúcar, harina, anís del mono y coñac Colosal, que fabricaba mi tío Enrique Alemán. No sé si algún otro ingrediente. Ayala era un artista y desde luego, se iba mucho más alegre que venía. Llevar la pastelería a domicilio es algo ya perdido, como las matanzas en las casas.

La que se hacía en la nuestra, en vísperas de Navidad, suponía el sacrificio de uno o dos cerdos que se habían criado en el corral esperando su San Martín. El corral tenía un gallinero y, anejo, unas conejeras. Y un cuarto especial para la matanza, al lado del pozo. El nivel freático de la zona de la huerta era tan alto, que casi en cualquier sitio podía haber un pozo con el agua a muy pocos metros.

La casa se convertía en un hervidero de gente. Venían, además del matachín y sus ayudantes, varias mujeres que enviaba mi tío Jesús de entre las que trabajaban en la fábrica. y que eran expertas en la fabricación de morcillas, morcón y longaniza. La Pepa, la mujer de Lucas, (quien trabajó toda su vida con mis abuelos y a mí me llamaba cariñosamente «mi amo chico» cuando yo era un niño), había sido también moza de mis abuelos, y era una maravilla preparando la masa para las morcillas. Aunque se llevaba una muestra al veterinario para comprobar la ausencia de triquina, la actividad continuaba sin esperar el resultado de D. Juan Hurtado Descalzo, que era muy amigo de mi padre, ya que

coincidieron en Madrid estudiando sus carreras. De los lebrillos repletos de carnes preparadas, según los casos, o la sangre bien repleta de piñones, se iban cargando el rudimentario aparato desde el que se rellenaban las tripas, dando vueltas a la manivela, como si se estuviese rodando una película de aquellos tiempos. Lo más admirable para mí era la rapidez y precisión del atado de las morcillas. Los jamones se enviaban a la fábrica de hielo de Esteva donde alcanzaban su maduración en un cierto tiempo.

Todavía con el olor en el ambiente de los pelos quemados, se preparaban a la brasa algunos exquisitos bocados que hacían las delicias de todos. Era el colofón, ya a la noche, de una jornada inolvidable.

Mis hermanos y yo éramos simples espectadores, con la excepción de las dos pequeñas (entonces Angelita y Juana Mari) que estaban encerradas en sus cuartos porque el matachín, una vez, cuando acababa de liquidar al marrano, les gastó la broma de mostrar el inmenso cuchillo lleno de sangre y decirles que se prepararan que ahora les tocaba a ellas. Desde ese día no volvieron a ver nunca una matanza.

Cuando empezaba a apretar el calor, con frecuencia hacíamos el helado en casa. Limón o café granizados. Para ello teníamos un sencillo aparato consistente



Figura 12. Heladera.

en un cilindro metálico, con la tapadera provista de un asa con la que poder moverlo girando la muñeca dentro de otro cilindro llenos de trozos de hielo al que se añadía algo de sal gruesa para bajar el punto de congelación. De esta forma, todo el líquido iba tocando la superficie helada del cilindro y se iba granizando. Posteriormente, compró mi padre otro igual pero que giraba mediante una manivela. Las ciencias avanzaban a pasos agigantados (Figura 12).

Durante nuestra estancia en el chalé, además de los fallecimientos y el nacimiento de mi hermana Juana (inicialmente Juana Mari), se celebró la boda de mi hermana Pacita con Javier Gestoso, así como varias primeras comuniones y algunos bautizos. Allí aprendieron a andar y a tener contacto con la naturaleza mis hermanos menores, mis hijos y mis sobrinos mayores, que aún recuerdan el chalet como añoran los mejores episodios de sus vidas. Que lo fueron (Figura 13).

Pero de cuantos vivimos allí solo quedamos tres y alguno, sin señalar, en situación de interinidad.

Yo aún sueño con frecuencia con él. Unas veces está en ruinas, otras, está en un lugar diferente y no puedo encontrarlo. A veces, el jardín está tan lleno de vegetación que me es imposible atravesarlo. Durmiendo he organizado grandes fiestas y a veces me he acusado, aún despierto, de ser responsable de su desaparición. Pero son sueños, y los sueños, sueños son. La realidad es la que es y hay que aceptarla. Sit transit gloria mundi.

De todo lo que he descrito solo queda el recuerdo. Un precioso recuerdo que me hace un nudo en la garganta...

Bueno, el recuerdo, y el nogal. El que daba sombra a la piscina. Ha sido trasplantado y, bien podado, está ahora a la entrada del solar, enhiesto, frondoso y orgulloso, aunque haya perdido, de momento, su gran porte, manteniendo en su sabia toda una historia maravillosa.



Figura 13. Boda.

Pues sí, Chalé María Luisa ¡yo te amo!